



«Me llamo  
JAVIER GONZÁLEZ LÁZARO

Nací en Cabañes de Esgueva, de la provincia de Burgos, el 12 de junio de 1954. Mis padres se llaman Julián y Asunción. Somos dos hermanos y una hermana.

Nací en un pueblo de no muchos habitantes. Vivíamos una época en la que, aunque la guerra había pasado hacía tiempo, todavía se sentía un poco aquella carestía. Mi primera salida del pueblo «en plan» fue en agosto de 1966, cuando fui a hacer lo que llamaban «cursillos». Allí nos defendimos como pudimos para poder ingresar en el primer curso de bachillerato que empezó el 26 de septiembre del mismo año en un pueblo de Soria llamado El Royo.

Con la ingenuidad que un niño tiene pasé aquel primer año de mi vida salesiana; y la continué a lo largo de cinco años en Zuazo, un pueblo de la provincia de Alava. En estos años ya fui dándome cuenta de lo que significa el corresponder a la llamada que Dios me hizo; iba procurando perfeccionarme, tanto espiritual como materialmente.

Durante estos cinco años la ingenuidad iba desapareciendo y las cosas se iban viendo más reales. Y por estas cosas era por las que había que trabajar.»



Con estas palabras se presentaba Javi a sí mismo al final de su noviciado. Murió en accidente, el día 11 de julio, cuando venía a Bilbao a dar sepultura a Don Estanis Bochenek. Estaba todavía ejerciendo como director en nuestro seminario de Logroño.

Son expresiones muy sencillas; pero son la clave para leer en su contexto real la historia, también salesiana, de su vida. Sin su pueblo, sus gentes, sus campos y sus baños Javi sería menos transparente. Su figura salesiana se recorta mucho mejor en el horizonte de Castilla, de pie, con la mirada y el oído atentos. Tenía en su propia casa la imagen viva de lo que significa ser buen pastor, Buen Pastor. Para serlo él sólo tenía que mirar atrás, en su infancia, y dentro de su hogar, entre los suyos. El buen pastor salesiano había nacido ya en Cabañes de Esgueva.

## **NACIDO EN CABAÑES DE ESGUEVA**

### **• FRUTO DE LA TIERRA: DE PIE Y A LA INTEMPERIE**

La parábola del Buen Pastor la entiende quien ha vivido con el buen pastor. Y en el origen de la vida Javi no tuvo que hacer esfuerzos para traducir lo que estaba en sus ojos y en su experiencia más sentida. Igualmente, las parábolas del Reino, de la cizaña, de la semilla que crece lenta... fueron la raíz primera de su experiencia.

Javi aprendió para siempre las características de sus años primeros; y no las perdió. Salesiano entre niños y jóvenes, conservó el espíritu y temple del campesino que conoce «el terreno»; sabe y descubre cómo y cuándo «sembrar»; conoce diariamente que, en gran parte, vivir es «esperar» y tener la capacidad de «aguantar» hasta que brote, madure y sazone «el fruto».

En este marco de su Cabañes natal entendemos su capacidad de trabajo callado, su capacidad de sufrimiento, su entrega sin contar las horas, su fidelidad dura ante el deber y su voluntad firme ante las situaciones que, incluso él, cree que le desbordan. Es el trabajo del campesino y del pastor. «No faltaron en estos años (los primeros del seminario) mil desilusiones. A punto estuve de hacer el «macuto» y dejarlo, pero algo extraño me lo impidió.»

Tenemos en los orígenes de su pueblo la base de las más deliciosas experiencias que tienen de Javi quienes han compartido su vida salesiana: su fidelidad a la asistencia, siempre presente entre los chicos; su incapacidad para decir «no» al trabajo, llevado a cabo en el silencio y con la constancia de quien sabe esperar que brote la nueva cosecha; su sentido del sacrificio y su aplomo y serenidad de ánimo.

«Siempre estaba en el momento justo y de la manera justa. No fallaba».



## **\* FRUTO DE UNA FAMILIA: SENO QUE LE CURTIO**

«Lo que más me animaba a seguir y trabajar era el esfuerzo y trabajo que, con no poco sacrificio, realizaban mis padres por mí. Gracias a sus sacrificios y desvelos mi vida se iba haciendo más fácil en la dureza». Son, también, palabras de Javi en la presentación con que comenzaba esta carta. El estilo de vida de sus padres, aunque ellos no lo saben, gestó también su vocación definitiva.

No perdió su estilo familiar castellano: sentimientos profundos vividos, las más de las veces, en silencio; pero que encontraban un cauce en su comunicación cuando las preocupaciones hondamente sentidas ocupaban su conversación con hermanos especialmente cercanos. Eran momentos en los que el encuentro podía ser particularmente tranquilo, frecuentemente al final de la jornada de trabajo o como colofón de alguna reunión que él valorara de manera peculiar.

Este estilo familiar popular adquiere en Javi dimensiones singulares. También en algunas características que serían muy importantes para todos los que compartieron su trabajo de educador. Ser familia es vivir con el espíritu tenso y atento a los de casa.

Javi sabía que educar es un arte en el que no es lo más urgente la acción; especialmente importante era

la escucha y la observación silenciosa; la «astucia» del pastor-educador salesiano, que sabe en qué sitio y en qué situación están los jóvenes, dónde está la meta y dónde buscar los recursos.

Primero, los recursos de la razón: entender, conocer... juzgar desde la comprensión cercana de las situaciones educativo-pastorales. Era un atento observador.

Después, los recursos del corazón: respetuoso desde la proximidad de su persona, su sonrisa y su acogida, la mayoría de las veces silenciosa. Estaba siempre, y estaba acogiendo. Desde esta «astucia afectiva» Javi organizaba su acción, sorprendentemente creadora en muchos casos, queriendo responder a lo que vivía desde su experiencia inmediata.

## **• UN REGALO A DON BOSCO**

Leemos, desde estos trazos de su origen, la vocación de Javi siguiendo los pasos de la de Don Bosco: también él campesino, que nunca dejó de serlo entre sus jóvenes.

Como en su historia, Javi no tuvo que cambiar sus actitudes y su estilo de vida; solamente tuvo que multiplicar su persona y ampliar su campo de trabajo.

Pero el retrato de su corazón de salesiano y de sacerdote entre los jóvenes tenía las raíces bien asentadas. Y el tallo creció ya tieso en la meseta castellana, testigo silencioso



y atento. Desde allí comenzaría el mismo trabajo de la siembra y la siega y del pastoreo diario: en actitud de espera, en silencio vivo, con la certeza del fruto que viene, convencidos de la importancia del sol diario y de la lluvia suave y frecuente, a su tiempo. El favorecería con su palabra y su acción la presencia de la luz y del agua necesarias para sus muchachos.

Hasta ahora, el regalo que hizo a Don Bosco Cabañes de Esgueva: pueblo de campos, simientes, siegas y pastoreo; familia que construye, sin saberlo, lo mejor de su estilo de sacerdote y de educador salesiano.

## **LLAMADO POR DON BOSCO**

### **• RENACIDO EN UNA COMUNIDAD**

La fidelidad a las exigencias de la familia y del campo tiene que traducirse en la casa de Don Bosco en nuevas fidelidades: «... he intentado conocer más y mejor a Cristo,... la duda de seguir a una PERSONA tan «llena» me hacía vacilar en bastantes momentos».

Desde el principio de su vida salesiana, como lo expresa en su comunicación escrita, sitúa sus nuevas fidelidades: a la raíz va a estar Cristo, leído como Alguien que le mueve en cuanto vive y hace; El encierra una plenitud que lleva a Javi a decidir y a vacilar al mismo tiempo.

El «nuevo campo» de siembra y pastoreo va a suscitar otros frutos: la

capacidad de decidir ante exigencias nuevas y el estilo creativo que exige el mundo de los jóvenes, su nuevo campo de trabajo campesino.

No abandonará a Javi este nuevo contexto en la casa de Don Bosco: la certeza de la opción por este Cristo, origen, sentido y meta de su nueva vida y de su vocación salesiana, y tan «lleno» que le llena su vida de vacilaciones.

Al final de su noviciado confesaba desde esta perspectiva: «No me ha sido nada fácil este año que acaba de finalizar» y en adelante se van a mezclar en Javi estos dos polos que parecen condenados a una lucha insoportable y que, sin embargo, son el condimento de una vida de fe: la seguridad de esa Persona y la vacilación ante sus exigencias.

Javi siempre respondió; pero no le fue fácil asumir responsabilidades «de primera línea». Le parecían compromisos demasiado «llenos» y él deseaba ser «trabajador de campo», jornalero fiel y duro a pie de surco antes que capataz o administrador de las tierras, en las nuevas parcelas que le dio Don Bosco.

Estudió, duramente y con sacrificio, su carrera de Pedagogía, porque lo necesitaba como educador y como hombre que tenía que titularse y capacitarse para trabajar con fidelidad entre los muchachos de sus escuelas salesianas. Entendió los estudios a la manera de una herramien-



ta que necesitaba para roturar, sembrar o recolectar.

Los que convivieron con él más asiduamente reconocen sus dotes de animador desde el trabajo directo, diario y sencillo con sus muchachos, aunque él siempre se sintió más apto para el trabajo duro y constante, fiel, que desarrollando sus nuevas posibilidades como estudioso o animador.

No encontró nunca su puesto como hombre de alta dirección como pedagogo, ni como director de comunidades o colegios, aunque asumió al final su papel de director. Quiso prepararse para ser, responsablemente, «hombre de base».

En esta nueva sementera recordamos la estampa renovada de sacerdote-pastor, de salesiano-educador, y sus fidelidades referidas ahora a sus hermanos de comunidad y a su ampliada familia:

– Javi es un hombre de equipo. Lo era para el trabajo; pero dentro de un marco de cercanía a sus hermanos salesianos y a los que compartían con él la casa de Don Bosco y su misión entre los jóvenes.

«Sentías que Javier era un amigo de verdad, incondicional. Sin muchas palabras. Nunca faltaba su llamada de teléfono o su detalle o tarjeta cuando sucedía algo o en los cumpleaños, o en Navidad. Era evidente que quería a las personas con las que trataba y compartía».

– Es un hombre incondicional-

mente disponible, pero con sus características personales:

- Siempre presente, pero nunca a la vista.

«Rechazaba lo que le llevara a destacar. Estaba a la vista porque estaba siempre en el trabajo que exigiera su presencia. Y se ofrecía, sistemáticamente, para cualquier tipo de ayuda o colaboración».

- Hombre concreto, que quiere responder a las necesidades que se dan, de verdad. Huye de grandes teorizaciones. Aporta al grupo sus dotes de educador práctico, positivo siempre, dispuesto a afrontar lo que haya que afrontar, rompiendo con agudeza no común momentos de tensión improductiva...

Estaba en segundo plano; pero forzaba la iniciativa cuando el grupo llegaba a una convicción que había que llevar a cabo. Asumía, en este contexto, el papel que fuera necesario aceptar. La fidelidad a ese «Cristo lleno» le lleva a sentirse instrumento en el proyecto concreto de su vocación: «si hay que hacerlo, hay que hacerlo».

- Todo era importante, e igualmente importante. No había acciones privilegiadas.

Privilegiado era lo que hoy y ahora se requería, sin más. Y todo el plan de Dios se decidía en estos momentos, que, aunque frecuentemente pequeños, eran siempre ocasiones adecuadas para llevar adelante el



nuevo rebaño o la nueva labranza. Estaba siempre en lo cotidiano, en lo pequeño; y estaba con el compromiso de las grandes acciones, en el lugar adecuado y todo el tiempo que hiciera falta.

Se ha ampliado su pueblo y su familia a los salesianos. Hasta aquí se extienden, y con las mismas características, sus fidelidades de siempre. Plantado y curtido en la meseta burgalesa, sólo ha perdido el horizonte de su pueblo natal. Sigue a la intemperie de los campos de deportes, con frío, calor, lluvia y viento. Los horarios terminan con el último trabajo que haya que concluir. Y las nuevas esperas no serán para aguardar la lluvia y el sol de la recolección: serán la paciencia infinita para ver y organizar, para situar las acciones precisas en los momentos adecuados.

Lo ordinario se convierte para él en el espacio privilegiado de su vida y a ello se entrega sin medir tiempo ni esfuerzo.

#### • RENACIDO PARA UNOS JOVENES

No sabemos ver a Javi separado de sus muchachos. Tenía muy claro que ellos eran el motivo de su vida de comunidad, de sus estudios, de las horas de trabajo, programadas o no, que le ocupaban todo su día.

Su familia no se queda en los que viven con él bajo el mismo techo, que rezan en la capilla de la comunidad y comparten la misma mesa. Sus sa-

lesianos le llevan a ensanchar todavía más su familia hasta los jóvenes, que son, de verdad, los que nos convocan a todos.

No encontraréis fácilmente a Javi buscándose sus momentos de expansión. A pesar de vivir con verdadera tensión su trabajo no sabía separar sus necesidades de descanso de la vida de sus muchachos.

La diversión de Javi eran los propios chicos; no necesitaba, o no quería, otros momentos para él que le aportaran la serenidad que necesita quien se dedica a la misión salesiana entre los jóvenes.

Su tiempo libre era también de ellos y para ellos: para preparar o «inventar» cosas que ellos necesitaran desde la convicción de que el éxito del trabajo y de la presencia entre los muchachos estaba en la preparación metódica de las actividades y de las clases y de que, en gran parte, lo mejor del trabajo del educador, y lo más eficaz, se daba en los largos ratos de preparación minuciosa.

No aceptaba actitudes cómodas, ni fáciles. Era bondadoso hasta en su porte familiar, habitualmente sonriente cada vez que algún muchacho se acercaba a él. No había salidas de tono en su relación con ellos. Era generoso en darles su tiempo y lo mejor de sí mismo.

Pero su bondad no era cómoda. Asumía con especial responsabilidad los papeles educativos que edu-



caban al orden, al dominio y disciplina personales. Había asumido desde niño, y contrastado como educador, que el crecimiento de sus chicos no puede desligarse del orden, de la puntualidad y silencio en los momentos adecuados y de la responsabilidad ante los propios deberes.

Para todo esto tenía un arma personal; probablemente su mejor arma, en la opinión de muchos de los que le trataron más de cerca en su acción salesiana: su capacidad de observación y su convicción de la importancia que tiene el ver, el escuchar, el atender continuamente a los jóvenes, de modo especial en los ratos de mayor espontaneidad, el observar los grupos de amigos y sus movimientos por el patio.

Miraba habitualmente más allá de los rostros de los que estaban rodeándole en cada momento. Y no era infrecuente verle parado y solo, observando los movimientos del patio de deportes y de las cuadrillas de compañeros y amigos. Eso sí, sistemáticamente presente, como sistema de vida asumido por convicción vocacional salesiana.

### • EL REGALO DE DON BOSCO

Don Bosco no solo recibió de Cañales y de la familia de Javi un regalo precioso. También él respondió a la manera evangélica. Hubiera podido quedar en la meseta castellana, en el pueblo o en la ciudad, dando

los frutos de su trabajo y de su convivencia exquisita. Pero Don Bosco quiso multiplicar en su casa salesiana todas las cualidades que había recibido gratuitamente en aquellos primeros años del seminario.

Nos valen las dos imágenes evangélicas:

- Hubiera dado fruto abundante en el seno de su primera tierra. Pero Dios quiso llamarle al ciento por uno, como el grano de semilla en la narración evangélica. Su muerte, aunque llegada en su juventud, nos hace ver que ha dejado multiplicada la semilla de su vida en cosechas que nacen desde él. Son demasiados los testimonios de la riqueza que nos deja a todos su vida.

- Hubiera podido centrarse su vida en las responsabilidades profesionales, familiares y sociales, aportando su estilo personal y su responsabilidad. Dios quiso situarle directamente en una vocación que multiplicaría sus dones. En el Evangelio Jesús llamó a ser pescadores de hombres. En la casa de Don Bosco Javi se puso entero a disposición de los jóvenes como educador y sacerdote.

### **LAS SEÑALES QUE ENCUENTRO EN SU CAMINO**

Esta figura entrañable tiene momentos que van levantando, ladrillo a ladrillo, el edificio que estamos mirando en bloque. Me parece importante dar a cada uno de ellos su



tiempo, su geografía y sus ambientes. Javi es fruto de todos estos ambientes y situaciones. Y porque queremos darle vida entre nosotros, nos ayudará a recorrer los pasos de su vida, que son los momentos que construyeron el edificio que hoy miramos.

Del noviciado y de sus primeros años de Seminario él mismo nos ha venido hablando en su pequeño pero fecundo escrito con el que abrimos esta carta. Nos dispensamos de insistir más en ellos.

#### • ROBUSTECIENDO EL PRIMER TALLO

Los tres años de Urnieta, del 1975 al 1978, fueron el primer yunque donde se fraguó su particular estilo salesiano. Estamos en el corazón del País Vasco. Los ámbitos social, político y eclesial no viven, precisamente, los momentos más tranquilos. Años de transición política, de revueltas populares en nuestra geografía, de desconcierto y búsqueda en la vida eclesial; búsqueda que afectaba de modo especial al sistema formativo de los seminarios, a los planes de estudios y al difícil equilibrio entre las exigencias de la vida comunitaria y las exigencias hondamente sentidas de la acción pastoral.

Javi no parecía profundamente afectado por esta situación de inestabilidad. Hemos visto ya que, durante el año de noviciado, sufrió en su proceso de búsqueda vocacional.

Había optado definitivamente por la vida salesiana, no sin dolor, y en estos años que siguen aparece ya el hombre concreto. La decisión, una vez formulada, se centraba en llevarla a cabo en su vida diaria.

Nuestro «hombre práctico» va a pasar por lo que, según su entender, está en la base más profunda de su vocación salesiana. No podrá ser pastor, ni sembrador sin tener los aperos adecuados: una fe vivida y el estudio que le permitirá afrontar las situaciones concretas del mundo de los jóvenes y de las necesidades del educador.

Se dedica, pues, seria y metódicamente al estudio, tanto de los temas propios de la Filosofía, como de las materias de la Universidad a Distancia. Se convierte en estudiante por exigencias de su vocación, por encima de sus inclinaciones.

El hombre práctico asume que necesita una «tecnología» particular del sacerdote y del educador y que sin ellas no podrá «roturar» adecuadamente los campos que quiere trabajar. En diálogos más individuales acostumbraba a plantear cuestiones que iban más allá de lo explicado en las clases y, frecuentemente, con connotaciones pastorales.

El otro gran apoyo de su vida es su vivencia de fe. «Sé, por mí mismo y por referencias de otros hermanos, de su fidelidad a los sacramentos de la Eucaristía y de la Conversión, de su frecuente presencia serena ante el



Señor en la oración, de sus repetidas conversaciones con los dos superiores que tuvo en este tiempo...».

Aparecen en estos años otras características que le hacen especialmente amable. Recuerdan que no solía hacer intervenciones en clase. Solamente, para disolver algún momento de tensión o de menos buen humor.

Está ya presente el salesiano de la comunión serena y del encuentro; se apunta ya el educador del buen humor constante, que rompe tensiones. En su vida había humor suave, un poco «socarrón», bebido también en las fuentes de su tierra castellana. La marcha serena de su vida le aconsejaba este sano humor. Jocosa, pero intencionadamente, solía repetir un aforismo aquietante: «Tranquilos como el abuelo, quietos en el pajar, que han tirao un tiro...». Y sonreía contagiosamente.

Uno de los hermanos que convivieron con él en este tiempo hace un delicioso resumen. «Fue un buen joven salesiano. Como los buenos árbitros, siempre estaba allí, aunque no se notara su presencia, tan imprescindible. A casi veinte años de aquellas vivencias, una sensación grata de alegría y serenidad se desata al evocarlas...».

## • RECORRIENDO EL SURCO CADA DIA

Pasados los tres años de estudio y reflexión, vivió los tres siguientes

(1977 - 1979) entre Urnieta y Santander. Por fin, en su terreno, con sus hermanos salesianos en la brega y entre sus muchachos, paisaje inevitable de la vida salesiana. Hemos dicho ya que siempre se sintió a sí mismo más como hombre del trabajo que como estudioso. Está en el trabajo.

Curiosamente, los hermanos que convivieron con él estos dos años recuerdan, como signo especialmente significativo, un «quehacer» aparentemente trivial; pero que se convierte en imagen de un estilo de trabajador-educador: jugaba de portero en los partidos de fútbol... y ¡nada mal!

Veía en la vida concreta todo el campo donde vivían sus jóvenes; abarcaba estudio, comedor, actividades, patios de recreo... todo en una panorámica única. Convivía y veía todas las «jugadas», como buen entrenador. Como buen asistente y en silencio sabía también sufrir y soportar los lances que esperan a todo educador.

En Santander, estuvo con los novicios (78 - 79). Entre ellos, y con ellos, fue abriendo y preparando los locales escasísimos y desconchados que entonces estaban disponibles para ellos. Compañero, amigo, asistente de verdad en toda la riqueza de la mejor tradición salesiana.

En esta época resalta el sentido característico del trabajo de Javi: su incapacidad para decir no, su sentido de la responsabilidad y del sacri-



ficio, su estilo práctico y concreto y su aplomo y serenidad de ánimo.

Se recuerda una anécdota muy particular. Es uno de esos hechos simbólicos que marcan un estilo de ser.

«Nada más comenzar el curso, en un partido de fútbol el día del Pilar se partió el brazo derecho. En una de sus estiradas de portero se hizo la avería.

Entre puentes y días de fiesta estuvo en el hospital, con el brazo sin escayolar, inmovilizado simplemente, unos cuatro días, hasta que se le operó.

Todo este tiempo lo vivió tranquilamente, sin quejarse de su mala suerte, ni de la supuesta dejadez de los médicos, que eran los comentarios de todos.

Tardó muchos meses en recuperar el dominio del brazo, y muchos más hasta el total restablecimiento. Durante ese tiempo no se quiso librar de ninguna tarea ni responsabilidad.

¡Había que verle dar palmas, con su brazo medio inutilizado! Todo lo llevó con humor y alegría. Era el primero en tomar a broma sus dificultades».

En opinión de quien le conoció bien entonces y después, de su experiencia de estos años sacará las grandes líneas de acción para su vida salesiana.

## • EN EL UMBRAL DE LA TAREA

Los años de Teología, preparando inmediatamente el estilo de sacerdote que va a ser, ayudan a Javi a «posar» lo vivido a lo largo de sus jóvenes años. Transcurren en Vitoria desde el 1979 al 1982 y en Turín (Italia) el curso 1982 - 83.

Ha pasado por el yunque del estudio y por la monotonía del trabajo diario y pesado. Se ha cribado en la realidad la primera ilusión, en lo que tuviera de ideal juvenil, aún no bien contrastado con la vida.

El encuentro con el estudio de la teología le lleva a confrontar sus años vividos con el proyecto al que se sabe llamado. Es la fragua final en la que da forma y estilo personal a su proyecto de sacerdote educador.

Vuelve a colocar su propia vida al centro de sus preocupaciones. En un tiempo en el que la gran tentación, tras los años de vida práctica, sigue siendo la acción, Javi se centra en su comunidad y en su Teología, como punto de partida y eje de esta nueva etapa.

Continúa dando pasos desde sus cualidades propias de hombre-silencio y de hombre-presencia. «No era dado a manifestar sus sentimientos religiosos de manera llamativa. Pero en sus conversaciones era profundo y reflejaba que vivía con convicción lo que decía o hacía».

Sus palabras eran cortas, pero eficaces. Recibimos esta experiencia



de puño de uno de sus compañeros, que le recuerda en la preparación de las celebraciones comunitarias:

«Medía siempre mucho las palabras a emplear en las celebraciones litúrgicas. Las preparamos alguna vez juntos durante los años de la teología. 'Lo bueno, si breve, dos veces bueno' era algo que tenía muy claro siempre. Se esforzaba todo lo que le permitía su temperamento práctico por buscar las palabras más adecuadas para expresar, de la forma más sencilla posible, verdades como puños».

Durante estos años, comienza a crear, con otros hermanos, el «Club Samaniego». Como todas las cosas que nacen, tienen el encanto añadido de todo proyecto fundacional.

«Era muy fácil trabajar con él. Formaba equipo con facilidad y estaba dispuesto a llevar adelante cualquier actividad para la que se sintiera capacitado desde su modo de ser y de hacer. Era incondicional. Eso sí; prefería trabajar en segundo plano, y era extraordinariamente eficaz (presencia, asistencias, preparación de fiestas, convivencia y apoyo en los patios de juego...). Pero era muy capaz, también, de asumir la tarea de coordinador o encargado responsable si fuera necesario. Y lo hacía con sencillez y competencia».

Añade, pues, una nota específica a los años de trabajo en Urnieta y Santander. Adquiere un peso parti-

cular en su modo de ver su vocación como salesiano la convivencia con los muchachos en el tiempo libre.

Toma cuerpo muy específico en él una de sus convicciones más arraigadas: es especialmente urgente en este tipo de sociedad la animación del tiempo libre de los jóvenes y la animación sociocultural. Desde estos años de Vitoria, adquiere significado propio una de las características de Javi: buscar caminos para trabajar con los muchachos en sus tiempos de fiesta.

De Javi recordamos muy pocos hechos concretos. Pero hay uno que recordamos muchos. Creo que es uno de esos acontecimientos-signo, hechos emblemáticos que definen, no sólo un estilo, sino una personalidad muy definida y orientada.

Le ordenó de sacerdote, en Vitoria, Don Víctor Garaigordóbil, curtidor misionero vasco, fraguado en la «Misión de los Ríos», en Ecuador. La homilía, popular y viva. Se había dirigido a los jóvenes presentes en la ceremonia de la ordenación, y les había invitado a enfrentar su mundo de valores con el panorama vocacional de los nuevos sacerdotes. Les invitaba, ante su gesto, a tomarse la vida en serio, proyectando la causa que mereciera la pena vivirse.

Su estilo directo y popular le llevó a invitar a alguno de los que se iban a ordenar a decir su palabra a los jóvenes. A estas alturas de la carta ya está claro que Javi no es el hom-



bre para intervenir en estas situaciones... ¡Pues fué Javi el que intervino!

No se dirigió a los jóvenes, sino ¡al Obispo!: «Es muy fácil achacar esa falta de compromiso a los jóvenes, cuando en realidad la culpa la tenemos los adultos, que no damos testimonio de lo que decimos vivir...»

Celebró, como es evidente, su primera Misa en su pueblo. En la homilía volvió a funcionar el buen pastor que había surgido de Cabañes. Habló de los jóvenes, como futuro de la Iglesia, ya presente; habló a los adultos, invitándoles a la responsabilidad e invitándonos al agradecimiento, como transmisores de todo lo que hemos recibido.

Sin embargo, su gran palabra de aquel día (sorprendente en un salesiano, llamado a vivir entre y para los jóvenes) fue su amplia y viva palabra sobre los ancianos y a los ancianos. Con calor utilizó un símil hiriente, pero muy propio de aquel terreno: «No son como los aperos de labranza que se arrinconan cuando ya no se usan o ya no sirven».

Le recordamos como sacerdote popular, nacido del pueblo. No perderá su estilo. Aquella era su gente y sería un sacerdote para los jóvenes del pueblo.

## • SEMBRANDO Y RECOGIENDO EN CRUCES

El estilo de Javi ha ido desarrollándose en capítulos de su existencia joven. Desde ahora no aparecerán

grandes novedades en su vida de salesiano. Simplemente, los tallos verdes, aunque firmes, se hacen tronco y ramas leñosos. En adelante vemos endurecerse el árbol y aparecer nuevas yemas y brotes que le amplían y que da los frutos abundantes de la planta, ya madura.

– Ha madurado en su sentido de familia.

Como toda familia, la familia salesiana se construye a base de fidelidad. Creaba comunidad con su estilo particular de alegría y trabajo, siempre dispuesto a colaborar. «Sabía "quitarle hierro" a las circunstancias difíciles o situaciones de tensión que nacen en la convivencia», tanto en la comunidad, como con los animadores y los jóvenes. Así lo recuerda un hermano que compartió con él estos años de su vida. «Jamás una crítica, o una contestación desabrida».

El Director contó con él como vicario, su mano derecha. No era sólo su estilo familiar. Su estilo prudente y su consejo sobrio estaban oportunos cuando se le pedía asesoramiento. Tuvo en él a un hombre de discernimiento y, muy concreto, en su percepción de los temas.

– Ha madurado en su alma de pastor.

Ha cambiado de campos y surcos. Pero sigue el mismo estilo de sembrar, cosechar y pastoreo. Ya sacerdote, sabe y decide cuáles son los frutos que desea cosechar, por enci-



ma de todo. El objetivo de su vida ya puede concentrarse por su propia iniciativa.

Dotado de una gran capacidad de observación y de su realismo práctico, que tantas veces venimos recordando, privilegia cuatro campos: el campo de la evangelización, el de la preparación cuidadosa de la vida sacramental de los muchachos y chicas, el de creatividad y eficacia en las clases de Enseñanza Religiosa, el de la prensa juvenil, sobre todo misionera. En los cuatro desarrolla su capacidad de crear y pone lo mejor de su estilo optimista.

– Ha madurado su dedicación a los muchachos en todo tiempo.

Quien no ha vivido personalmente el trabajo del educador en el club juvenil y en el tiempo libre de los jóvenes sólo puede ver el campo de rosas. Y, como le sucedió a Don Bosco, si no se pone a caminar sobre ellas, no será capaz de notar las espinas que se esconden.

Javi vivió sus serios momentos de desaliento. También tuvo la tentación de descansar de tanta pelea como exigía su Club «A Tope». Le defendió, de nuevo, su alma salesiana, el compromiso incondicional que tenía adquirido con sus muchachos.

Su trabajo en el Club le hizo especialmente maestro entre nosotros. Cada semana renace en esta actividad su espíritu de inventiva sorprendente. Pero, por encima de todo, su fidelidad crecida desde las raíces

primeras de su vida y cultivadas en la llamada que le hizo Don Bosco. Todo ello envuelto en su sentido del humor y de la fiesta, que tenían en estas actividades carta especial de ciudadanía.

De lejos, a muchos kilómetros de Cruces, aprendemos de él los que no estamos en su misma comunidad. Se hace maestro del encuentro con los niños y adolescentes en el tiempo libre. Animadores jóvenes, padres y madres de familia entienden su trabajo y regalan a las chicas y chicos su tiempo juntamente con él.

– Ha madurado el educador necesitado de sabiduría.

Termina de estudiar con mucho esfuerzo. Le ayuda a terminar la carrera su amor propio, su voluntad dura y su deseo de corresponder a la posibilidad de una preparación que se le ofrecía. Pero para trabajar con los chicos mejor; nada más. No deseaba trabajos especializados.

En esta tensión de sus estudios y las ocupaciones diarias «siempre le vi alegre y optimista, recuerda un compañero de estudios. Bromeaba casi siempre, aunque la preocupación fuera por dentro. Siempre muy práctico en la aplicación de lo que estaba estudiando». Los libros, para la vida.

## • SU ULTIMA OBEDIENCIA, LOGROÑO

Era demasiado para él comenzar un trabajo salesiano como especialista en pedagogía; aunque fuera en



su centro de Cruces, donde había dejado, quizás, lo mejor de sí mismo. Al menos, sí lo más maduro y probablemente lo más fecundo de su sacrificio y su ilusión.

Aceptó convencido un servicio más sacrificado. Pero se comprendía a sí mismo mejor y estaba más en lo que entendía que era su lugar.

Durante no pocos veranos Javi se había hecho indispensable en los cursos de Orientación Vocacional. Era el hombre que prescindía con facilidad de sus días de descanso. Y, desde el perfil de hombre que venimos leyendo, la persona observadora y creadora que exigía este trabajo. Por ello se le pidió que fuera al Seminario de Logroño.

El hombre difícil para aceptar otros trabajos de responsabilidad directiva no pestañeaba ante otros más exigentes. Fue a Logroño como responsable de estudios y de la disciplina.

Sabía observar y sabía exigir, pasando inadvertido. Creaba ambiente. Entendía que el muchacho que desea responder a Dios tiene que tener una dosis de dureza. Y que no se educa a la entrega total con concesiones cómodas. Lo sabía por propia experiencia, y tras no pocas dudas en su propia historia de seminario y de joven salesiano.

El que quiera ser salesiano tiene que saber disfrutar de su vocación, muy por encima de las comodidades o incomodidades, y, sobre todo,

aprender en la práctica el compromiso serio que se tiene entre manos: sonreír con las rosas, sintiendo las punzadas de las espinas. Este tipo de salesiano, aunque sean pocos los que lleguen, es el que hay que abonar.

Para ello... «de pie, en el pórtico y en el patio, mirando lejos, hacia los corros de los muchachos». De pie y a la intemperie, decíamos hace unos párrafos. El primer paso para una respuesta eficaz es ver y entender. Es el Javi de los últimos meses; la imagen que deseamos grabar de modo especial en nuestro recuerdo.

Su estilo era ordenado:

– Siempre atento. Los momentos más importantes, en el fondo, no se dan en los bancos de la capilla, ni en los despachos, ni... en los pupitres. Se dan en el juego, en el patio y en la calle.

– Previsión. Los problemas no vienen, de ordinario sin un antes que los ha preparado. Si observamos con atención nos encontraremos con esas profecías de muchos acontecimientos futuros.

– Organizar. Nada puede improvisarse, si es posible preverlo. El éxito está, la mayoría de las veces, en el plan bien hecho. Si sabemos el futuro, hay que adelantarse a él. Tenemos que ir precediendo a los acontecimientos, con atención, previniendo todo y con todos los instrumentos preparados.

– Formar hábitos. No es lo habitual en nuestra sociedad. En ella, frecuentemente, los hábitos se hacen



desde la inercia del bienestar. No haremos un hombre entero desde esta perspectiva. Ser puntual, ordenado... es anuncio de un posible hombre comprometido, o de un salesiano.

Se le pide que sea el Director de la casa. Se había consultado a todos los salesianos y era evidente que se le pedía este servicio. Hasta él lo comprendió... a última hora, agotados todos los plazos y todas las otras posibilidades. Se le quería animando a su misma comunidad de Logroño, con su estilo, que los salesianos conocían muy bien.

– Fue el animador del silencio.

No podía ser de otra manera. «La animación eres tú mismo», se le había dicho. «No intentes animar a golpe de palabras, que no es lo tuyo; anima con el estilo de vida que tienes cada día».

Y Javi lo hizo, porque ese era el único estilo posible para él. Pero no estaba convencido y continuamente ponía en duda que fuera este su lugar, a pesar de que sus salesianos le manifestaban con su satisfacción el agradecimiento por su trabajo bien hecho.

Lo suyo, estaba convencido, era el trabajo en el surco, el que vivió en su casa.

– Fue el animador del servicio exquisito.

Los hechos hablaban. Los trabajos llegaban preparados con un gusto y atención que mostraban el interés muy especial.

Una de sus características era ésta: se desvivía en atenciones, se adelantaba a lo que hacía falta o a lo que haría falta al cabo de un rato. Buscaba positivamente los detalles con los que pudiera mostrar el aprecio. Detalles sencillos; pero escogidos.

Amigos que le acompañaron en visitas, incluso hechas en nombre de otros salesianos a personas desconocidas para él, dan fe de su interés manifiesto. Algunos de ellos (¡tras aquella única visita!) manifestaron el dolor de su desaparición y recordaban su conversación.

– Fue el animador desde la vida ordinaria.

Estaba y parecía inexistente. Pero si no estaba era evidente su hueco, porque se le esperaba por costumbre. Allí estaba él, indefectiblemente. Siempre en su puesto justo en el momento que hacía falta. O en el puesto de los demás siempre que hicieran falta más manos para trabajar... y sin que nadie le hubiera avisado. Tenía el olfato de las necesidades de los hermanos y del trabajo que requería su presencia.

– Fue el animador desde su propia animación.

Siempre aparecía ante los demás con el mismo ánimo. Los malos ratos, que, como ya hemos comprobado, los tuvo, no eran para los otros. Su estilo estaba sazonado con intervenciones alegres y agudas, poniendo el calor o el frío necesario a las circunstancias, según las necesidades.



El era un hombre animado. Y animaba comunicando por contagio su propio espíritu, siempre positivo.

Tras este panorama ¿nos extraña que pidiera insistentemente «volver a la base» donde él se encontraba a sus anchas? Estaba feliz de su comunidad. Sus hermanos estaban felices con él. Pero él se sentía extraño. Y eso no es bueno para el trabajo de un educador, que debe educar desde la libertad interior.

De nuevo se le ofreció un destino muy comprometido. No pestañeó. Era, ciertamente, mucho más trabajo. Pero se veía en su surco.

Uno de los compañeros que terminó con él los estudios de Pedagogía recuerda que no habían celebrado el fin de carrera. Se veían y Javi siempre le decía: «Dile a ... que ya tengo

el bocadillo preparado. ¡A ver cuándo lo celebramos!»

Y Dios le llamó con el bocadillo preparado y con la maleta a punto, dispuesto para ir a Santander. El rostro y el estilo eran los de siempre. Más libre ya.

Javi es el salesiano que Dios nos regaló. Es, también, el salesiano que deseamos ver germinado en nuestras vidas y en las de nuestras comunidades. Es el tipo de hombre que deseamos en nuestros pueblos y ciudades.

Damos las gracias a Cabañes de Esgueva, a sus padres y hermanos de un modo muy especial; se las damos también a Don Bosco. Dios ha hecho por medio de todos ellos su obra en Javi.

RICARDO ARIAS  
*Inspector*

## **DATOS PARA EL NECROLOGIO:**

Sacerdote JAVIER GONZALEZ LAZARO

NACIMIENTO: Cabañes de Esgueva (Burgos), el 12 de junio de 1954.

MUERTE: El 11 de julio de 1994, siendo Director de Logroño,  
a los 40 años de edad, 21 de profesión  
y 11 de sacerdocio.